



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13740

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 12 DE SEPTIEMBRE DE 1907

CONDICIONALES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos en París: Mr. A. Lohette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Chauvin, 15, rue de Valenciennes.

Espanoles ilustres

SUS ESTATUAS

Las obras de arte destinadas a perpetuar un hecho ó una personalidad vienen a quedar como un libro abierto á las generaciones sucesivas, que para leerlo hasta la razón natural del espectador, pues para ello no necesita más que contemplarla obra artística transportando el espíritu al tiempo de las glorias allí presentadas.

Signo es de generosidad y grandeza de los pueblos el honrar la memoria de sus hijos más ilustres. Una gran ciudad sin estatuas es un buen libro en blanco. ¡Hermoso impulso el que lleva a rendir homenaje y realzar las figuras de los preclaros varones á quienes debemos hechos dignos de ser enaltecidos en todo tiempo y admirados!

Francia é Inglaterra, países ricos y muy devotos de honrar el nombre de sus personajes, cuentan con una profusión de estatuas increíble para los que no conocen aquellos países. Las grandes ciudades de una y otra nación ofrecen a la vista multitud de monumentos levantados por las municipalidades ó por la gratitud de las corporaciones.

Entre nosotros han tomado algún incremento esas honrosas manifestaciones desde hace algunos años, pero no llega España, ni con mucho, á donde rayan casi todos los pueblos de Europa.

Y, sin embargo, son precisas; se aprende Historia en la Iglesia, en la plaza pública, en el cementerio, en el teatro. El monumento es una página que nadie olvida, porque entra por los ojos y la leemos un día y otro, y otro.

Alguien ha escrito que no sentiría el que no le erigieran estatuas, sino que pudieran preguntarle por qué se las habían levantado. Parodiando esta frase diremos que malo será que un pueblo no se adorne con monumentos, pero mucho peor es que teniéndolos, ignoren quienes fueron los personajes allí representados.

Evitar esta posible ignorancia nos proponemos en las siguientes notas:

MURILLO

El fundador de la escuela sevillana de pintura nació en Sevilla el 31 de Diciembre de 1617. Desde muy niño manifestó inclinación al divino arte y su padre le dió por maestro á Juan del Castillo.

Establecido éste en Cádiz, Murillo tuvo que pintar sólo, hasta que llegó á Sevilla Pedro Moya, discípulo de Van Dik, cuyo estilo quiso imitar. Sintió entonces la necesidad de buenos modelos, y comprando un pedazo de lienzo, pintó varios cuadros de asunto religioso, los vendió, y sin participar á nadie sus intenciones, costeó el viaje á Madrid en 1643.

Ya en la Corte, su paisano Velázquez proporcionó todos los cuadros que quiso de las colecciones de Palacio, sitios reales y Monasterio del Escorial, y á los dos años de copiar á Rubens, El Tiziano, Van Dik, Rivera y el mismo Velázquez, regresó á Sevilla, donde comenzó á trabajar para el claustro pequeño de San Francisco.

Esta obra le dió gran reputación y preparó para él muchos encargos, contribuyó á sacarle de la indigencia en que se hallaba.

Casó Murillo con doña Beatriz de Cabrera, de una familia pudiente de la villa de Pilas, y tuvo tres hijos. Carlos le nombró pintor de cámara, honor que rehusó por su extremada modestia y poca afición á la Corte.

En Cádiz, cuando acabado el cuadro Los depositos de Santa Catalina,

para el altar mayor de los Capuchinos, cayó del andamio y, trasladado á su ciudad natal, falleció poco después á consecuencia del golpe.

Su muerte, acaecida el 3 de Abril de 1682, produjo general y grandísima pesadumbre. El ataúd le llevaron á hombros dos marqueses y cuatro caballeros de las diferentes Ordenes, hasta la iglesia de Santa Cruz, donde recibió sepultura.

Bartolomé Estaban Murillo era hijo de Gaspar Esteban y de María Pérez, resultado de aquí una diferenciación en el segundo apellido, que algunos creen tomó el artista de una de sus bisabuelas muertas en olor de santidad, según tradición de la familia.

Es grande el número de obras que á su magistral pincel se deben: las principales son imágenes de santos ó asuntos religiosos; pero en los que no tuvo rival fue en la pintura de la Concepción y del Niño Dios.

Sevilla dedicó una estatua en bronce, de cuatro metros, que se levanta en la plaza del Museo y cuyo modelo regaló al Ayuntamiento de Madrid el autor D. Sabino Medina y Peñas.

Reproducida en la Corte, fue colocada frente al Museo del Prado, celebrándose solemnemente su inauguración el 25 de Junio de 1871. El pedestal lo pagó D. José Luis de Harra; el autor del proyecto que se aprobó, don Fernando de la Torre, dirigió gratuitamente los trabajos, y los individuos del Estado Mayor de la Milicia ciudadana costearon la cimentación.

Está representado el artista en todo el esplendor de su vida; la cabeza es hermosa y tiene parecido con los retratos que de él existen.

En el frente del pedestal, que da al Prado, se ven en relieve una paleta, un pincel y dos ramas de laurel, debajo de la palabra *Murillo*.

Luis de Granada.

PARA LAS DAMAS

EL CORSE

La cuestión del corsé es vieja como el mundo. ¿Es útil? ¿No lo es? ¿Su uso es realmente provechoso para la belleza de la mujer? ¿Es un estuche ó una prisión?

Antes de abordar esta cuestión en toda su amplitud, conviene dar una definición concreta del asunto, término ó objeto de tantas disputas. Se ha escrito mucho acerca del corsé; higienistas, médicos y artistas se han apresurado á dar su opinión.

Y no era inútilmente más discreto, antes de empezar la discusión, dirigirse para definir el corsé, á las mismas interesadas, perfectamente imparciales y capaces de hablar con absoluto conocimiento de causa?

He aquí la opinión de algunas de las más lindas actrices de París.

Mme. Juana Granier: «El corsé es algo encantador cuando una se lo pone, pero exquisito cuando una se lo quita.»

Mme. Andrea Mégard: «Si el hábito no hace al monje, el corsé, por lo menos, hace á la mujer.»

Mme. Lucía Jousse: «El corsé es el vestido del desamador.»

Mme. Boggers: «El corsé, bien comprendido y bien usado, llega á constituir una virtud.»

Mme. Luciana Dorcy: «Es casi la dignidad de la mujer. Sin corsé, no hay altivez; sin altivez, no hay respeto.»

Mme. Sylvisse: «Todas las flores tienen un corsé, y solo me resignaré á ver las mujeres sin corsé, cuando las rosas y los claveles florezcan sin cálices.»

Mme. Delvail: «El corsé es útil. Llevadlo, pero no os lo apretéis demasiado.»

Mme. Vincourt: «Es el mayor verdugo de la mujer, cuando no constituye su mejor amigo.»

Mme. Pierrón: «El corsé es la misma mujer: él nos da la línea ondulante y la flexibilidad y distinción de nuestros movimientos.»

Mme. Blanca Toutain: «El corsé es un contemporáneo hijo de su siglo: tiene las ideas amplias.»

Mme. Marcela Bordo: «Dios hizo á la mujer. El corsé, hizo á la purísima.»

Mme. María Marcelly, nos da esta poética definición.

«Un corsé bordado, satinado, encintado y perfumado siempre? Es una capa de satén que ofrece un bolicín al diablo.»

Es un cáliz que esconde en su gasa virginal una flor aromosa;

Es el guardador discreto del secreto y dulce billete amoroso;

Es un alegre nido de golondrinas que sentimos conversar entre sí agitando las alas.

Es la coraza que defiende á la mujer contra un adorador demasiado impaciente...»

Cuernos y cairelas

Con bastante profusión ha sido hoy repartido el programa anunciador de la novillada que ha de celebrarse en nuestro circo taurino en la tarde del próximo domingo 15 del actual.

La fiesta es organizada por la sociedad de vendedores de frutas y hortalizas, denominada «La Verdad», y el programa no puede ser más variado.

José Martínez (a) Escarola, ejecutará en el primer toro que se lidie, la difícil suerte llamada de D. Tancredo, con la variante que éste aparecerá vestido de verde.

José Torralba, conocido por breva macoca, en unión de escarola en el tercer cornúpeto realizarán la arriesgada suerte de la mesa.

La cuadrilla que ha de actuar es la siguiente:

Espadas: Juan Casado, «Malocotón», José Hernández, «Membrillo», Pedro Romero, «Pera» y Juan Escudero, «Acerola».

Banderilleros: Bartolo Campoy, «Tomate», Salvador Sanz «Melón», Fabián Asencio, «Pimiento», Francisco Martínez, «Pepino», Francisco Ortuño, «Manzana», Emilio Martínez, «Chiripia», Ramón Narbona, «Cereza», y Andrés Galera, «Alpicoz».

Un puntillero: Baldomero Matos, «Acelgas».

La dirección de la lidia, estará á cargo del valiente y simpático diestro Bartolomé Hernández, «Moranito», el cual se encargará de matar los toros que no puedan hacerlo los espadas anunciados.

Terminará la corrida, con la lidia de una brava res para los alicionados que gusten bajar al redondeo.

EL MIRÓN

Al rededor de toda mesa de trallo, de dominó, de ajedrez, y en general, de toda clase de juegos, el mirón sienta sus reales. El mirón no juega nunca, porque no le gusta perder, pero gusta de que los demás pierdan.

Por esto el mirón tiene sus jugadores favoritos á quienes jamás desahupa, que son los jugadores desgraciados que siempre pierden. Y se ensaña con ellos, pues el mirón es cruel. Discute sus jugadas, insinúa combinaciones, rie estrepitosamente, hace muecas de desagrado y distrae constantemente al jugador.

El mirón es terrible; terrible como todos los desgraciados. Siente la pasión del juego, y no se atreve á jugar. Une á la pasión el miedo. Por esto el mirón es doblemente antipático.

Pero existe un mirón especial, el mirón silencioso, el que no sabe jugar. Lamartine jugaba todos los días una partida de ajedrez y durante un año consecutivo un mirón se sentaba á su lado, siguiendo, con gran interés la partida: terminada la cual, desaparecía sin haber articulado una palabra. Y así todos los días, imperturbable en su silencio. El caso era tan extraordinario que Lamartine puso empeño en hacerle hablar.

«Que le parece á usted? ¿No habría usted hecho la misma jugada? Pero el mirón, ni por esas, siempre mudo. Hasta que un día el poeta, ya enfadado, cogió al mirón por el gaznate y le dijo: «¿Habla usted, hable usted, ó le ahogo! Entonces el mirón insinuó ingenuamente: «¿Qué he de decir, si no conozco el juego?»

Y esta es la vida. En el gran juego de la vida, todos los hombres juegan, es decir trabajan, ponen su actividad al servicio de una pasión cualquiera y arriesgan por ella, por su ideal, la vida, la salud y aún en ocasiones la vergüenza. Pero también en la vida existen los mirones; es decir, los gandules, los miedosos, los cobardes, los purrantes que nada arriesgan, pero que gozan inmensamente contemplando el juego de los demás y entorpeciendo el juego de charlatanes inoportunos que de todo entienden y no saben hacer nada, los encontraréis abocados á todas las mesas de la actividad humana, inútiles y pretenciosos, constituyendo una verdadera rémora social.

Nadie de ellos se libra, y por feliz puede disputarse quien, como Lamartine, sólo se encuentra junto á su mesa de trabajo un mirón silencioso, inofensivo, uno de esos mirones que no juegan á hombres, porque no saben jugar, porque no conocen el juego de la vida.

NAX.

NOTAS ALEGRES

ACTUALIDADES

Está uno sin saber lo que hacerse: si solicitar plaza en la policía frívola española, ó metérse á conductor del tranvía eléctrico de los Doctores Cartagena, que para el caso es igual.

El verano está siéndole «ca-de» y en esta alternativa unas veces subditos y otras echamos al trío.

El cielo, unas veces se nos presenta azul como el traje que en sus frías temporadas usó «Guerrita», y otras como el fondo de una chocolatera, cenagoso y revuelto.

El aire unas veces castigoso y otras fresco como el charnuel de «Pantón», orea nuestros semblantes, sin saber qué lado quedarse.

El sol ora nos ilumina con un color escarlata y otras aparece cubierto de pajuela.

El nuevo cometa que lucía en el zenit su rabo ó cabellera, ha desaparecido para llamar la atención á nuestros antípodas.

Los bigos chumbos van de capa caída, y hasta los melones van escaseando.

Sin darnos cuenta van sucediéndose

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 300

marchado desde la plaza á los puntos que debía ocupar. Nosotros llevábamos ahora la gorra de cuartel y el enemigo el pickabob.

El general de división, el brigadier de caballería y nuestro coronel acordaron el orden de batalla de nuestro cuerpo de ejército. Los escuadrones y batallas marcharon á cubrir sus posiciones. Nosotros estábamos detrás de un gran portón, y el Viejo no nos vió al pronto. Cuando lo hizo al dar vuelta al edificio, lanzó un formidable juramento.

«¡Mí rayos!—exclamó—¿qué quiere decir esto? Ha de haber eterna confusión en esta batalla!»

El capitán Poind se adelantó, saludó con el sable y pareció asombrado de aquella valida del coronel. El Viejo continuó con mal humor.

—Quisiera saber quien tiene la culpa de esto. Ayer di órdenes terminantes para que la mitad de esta batería se incorporara al cuerpo enemigo. Es que no las comprendisteis. Herr capitán Poind ¿Tendré que repetir cien veces las órdenes?»

Uno de los de a caballo (era el coronel), y á un ayudante mover la cabeza y presentar su cartera á un oficial de estado mayor. El capitán Poind, que por esta vez tenía razón, contestó con seriedad.

Mi coronel, he cumplido puntualmente la orden. ¡brigada Lallá!

La batalla que había desempeñado en Fattenwelden como ordenanza, cambió en todo de rosas la dura cama de campaña del cuerpo de guardia. Toda la noche estuvo siendo en sueños, bajo las formas más extrañas y encantadoras, el paisaje blanco que se veía en una ventana de la quinta. En tanto se transformaba en blanco paisaje que bajaba hacia mí batiendo las alas, en tanto se extinguía aquel fantástico gas, diseñando poco á poco las formas de una mujer. De aquella blanca gas había una cabecita encantadora, que me miraba con una luz. Aunque la donna del lecho producía alguna vez sombras en las risueñas cuadros, nunca jamás me acordé mejor en cama de campaña. La re-